

4. Halperin, D. T.; *Historia Contemporánea de América Latina*, Edit. Alianza, Madrid, España 1981, Cap. 3. *La ruptura colonial y el lento surgimiento del nuevo orden*. (p. 309-333)

PRESENTACIÓN DE LA LECTURA

4. TULIO HALPERIN DONGHI, *Historia contemporánea de América Latina*. En el capítulo 3 de esta obra, "Una larga espera", Halperin hace en 72 páginas una extensa narración de los acontecimientos que surgieron inmediatamente después de la independencia en América Latina. Textualmente señala que, la guerra dejaba en toda América un legado nada liviano: ruptura de las estructuras coloniales, transformación de los sistemas mercantiles y militarización que obligaba a compartir el poder con grupos antes privados de él.

Menciona la transición del Brasil al nuevo orden, de una manera más apacible que parecía haber esquivado los cambios catastróficos que se dieron en las colonias españolas. Dice que de las ruinas de la independencia se esperaba un nuevo orden que no apareció de inmediato sino que éste se fue logrando a través de "una larga espera". En esa prolongada espera la violencia tocó todos los lugares de los diferentes territorios.

La militarización y las guerras civiles en la construcción del nuevo orden fueron un medio muy costoso que los Estados gastaron más de lo que tenían. El autor escribe en detalle todo el acontecer político y social del período (1825-1850). Señala que la guerra obligó a las manumisiones cada vez más ampliamente, ya que tenía por objeto convertir a los esclavos en soldados que nutrieran las filas de los bandos en conflicto. Asimismo el autor expone, no sólo la condición económica y política, sino además las condiciones sociales del período. A este respecto, Halperin hace alusión a las diferenciaciones sociales y su comportamiento en torno al desenvolvimiento de la guerra civil. En la descripción de todo este proceso Halperin analiza la situación de la Iglesia; el papel desempeñado por el clero, no sólo en las guerras de independencia sino además en las nuevas luchas políticas y su pérdida de poder. Anota el autor que, la Iglesia se empobrece y subordina al poder político, pero en algunas zonas el cambio es limitado y compensado por el mantenimiento de un prestigio popular muy grande (México, Guatemala, Nueva Granada en la sierra ecuatoriana).

El autor se centra en forma importante en las estructuras mercantiles y en las nuevas relaciones de los países liberados con la nueva metrópoli, que es Inglaterra. Hace notorio el hecho de que en la primera mitad del siglo XIX, ni Inglaterra, ni país europeo alguno realizaron semejantes inversiones de capitales en Hispanoamérica. El autor indica que tal negativa a emprender esa aventura solía justificarse por altivas censuras al desorden posrevolucionario. Posteriormente con la estabilización, que comienza a darse después de 1850, se estrechan y organizan los vínculos comerciales con Inglaterra, y secundariamente con otros países de Europa.

Aparte de los vínculos de Hispanoamérica con la nueva potencia hegemónica, Halperin Donghi visualiza el influjo de los Estados Unidos sobre la región. Ilustra esta situación con la mutilación del territorio mexicano por parte de aquel país y el anexionismo de Cuba, entre otros.

LA RUPTURA COLONIAL Y EL LENTO SURGIMIENTO DEL NUEVO ORDEN*

Tulio Halperin Donghi, "La ruptura colonial y el lento surgimiento del nuevo orden", Antología de lecturas de América Latina, Recopiladores, Mónica Blanco y Concepción Caro, Universidad Nacional Autónoma de México, F.E. 1991 (Tomado del Cap. 3 de Halperin, en Historia - Contemporánea de América Latina, Alianza Edit. Madrid España 1981.

En 1825 terminaba la guerra de independencia; dejaba en toda América española un legado nada liviano: ruptura de las estructuras coloniales, provocada a la vez por una transformación profunda de los sistemas mercantiles, por la persecución de los grupos más vinculados a la antigua metrópoli, que habían dominado esos sistemas, por la militarización que obligaba a compartir el poder con grupos antes privados de él... En el Brasil una transición más apacible parecía haber esquivado esos cambios catastróficos; en todo caso, la independencia consagraba allí también el agotamiento del orden colonial.

De sus ruinas se esperaba que surgiera un orden nuevo, cuyos rasgos esenciales habían sido previstos desde el comienzo de la lucha por la independencia. Ahora bien, éste se demoraba en nacer. La primera explicación, la más optimista, buscaba en la herencia de la guerra la causa de esa desconcertante demora: concluida la lucha, no desaparecía la gravitación del poder militar, en el que se veía el responsable de las tendencias centrífugas y la inestabilidad política dispuestas, al parecer, a perpetuarse. La explicación era sin duda insuficiente, y además tendía a dar una imagen engañosa del problema: puesto que no se habían producido los cambios esperados, suponía que la guerra de independencia había cambiado demasiado poco, que no había provocado una ruptura suficientemente honda con el antiguo orden, cuyos herederos eran ahora los responsables de cuanto de negativo seguía dominando el panorama hispanoamericano. La noción, al parecer impuesta por la realidad misma, de que se habían producido en Hispanoamérica cambios sin duda diferentes, pero no menos decisivos que los previstos, sí está muy presente en los que deben vivir y sufrir cotidianamente el

* Tomado del capítulo 3 (Halperin, 1981).

nuevo orden hispanoamericano, no logra, sin embargo, penetrar en los esquemas ideológicos vigentes (salvo en figuras cuya creciente adhesión a un orden colonial imposible de resucitar condena a la marginalidad).

Sin embargo los cambios ocurridos son impresionantes: no hay sector de la vida hispanoamericana que no haya sido tocado por la revolución. La más visible de las novedades es la violencia: como se ha visto ya, en la medida en que la revolución de las élites criollas urbanas no logra éxito inmediato, debe ampliarse progresivamente, mientras idéntico esfuerzo deben realizar quienes buscan aplastarla. En el Río de la Plata, en Venezuela, en México, más limitadamente en Chile o Colombia, la movilización militar implica una previa movilización política, que se hace en condiciones demasiado angustiosas para disciplinar rigurosamente a los que convoca a la lucha. La Guerra de Independencia, transformada en un complejo haz de guerras en las que hallan expresión tensiones raciales, regionales, grupales demasiado tiempo reprimidas, se transforma en el relato de «sangre y horror» del que los cronistas patriotas y realistas nos dan dos imágenes simétricamente mutiladas: la violencia popular anónima e incontrolable es invocada por unos y otros como responsable única de los errores, más caritativamente juzgados de su propio bando. La explicación es incompleta; al lado de la violencia plebeya surge (en parte como imitación, más frecuentemente como reacción frente a ella) un nuevo estilo de acción de la élite criolla que en quince años de guerra saca de sí todo un cuerpo de oficiales: éstos, obligados a menudo a vivir y hacer vivir a sus soldados del país —realista o patriota— que ocupan, terminan poseídos de un espíritu de cuerpo rápidamente consolidado y son a la vez un íncubo y un instrumento de poder para el sector que ha desencadenado la revolución y entiende seguir gobernándola.

Esa violencia llega a dominar la vida cotidiana, y los que recuerdan los tiempos coloniales en que era posible recorrer sin peligro una Hispanoamérica casi vacía de hombres armados, tienden a tributar a los gobernantes españoles una admiración que renuncia de antemano a entender el secreto de su sabio régimen. El hecho es que eso no es ya posible: luego de la guerra es necesario difundir las armas por todas partes para mantener un orden interno tolerable; así la militarización sobrevive a la lucha. Pero la militarización es un remedio a la vez costoso e inseguro: desde los generales que, como el señor Prudhomme,

consagran su espada a defender la república o si es necesario, a combatirla, hasta los oficiales de guardias rurales —que no siempre dejan pasar la oportunidad de transformarse en bandidos, si la posibilidad de lucro es grande— los jefes de grupos armados se independizan bien pronto de quienes los han invocado y organizado. Para conservar su favor, éstos deben tenerlos satisfechos: esto significa gastar en armas (y más aún en el pago de quienes las llevan) lo mejor de las rentas del Estado.

Los nuevos estados suelen entonces gastar más de lo que sus recursos permiten, y ello sobre todo porque es excepcional que el ejército consuma menos de la mitad de esos gastos. Lo que la situación tiene de anómalo es muy generalmente advertido; lo que tiene de inevitable, también. La imagen de una Hispanoamérica prisionera de los guardianes del orden (y a menudo causantes del desorden) comienza a difundirse; aunque no inexacta, requeriría ser matizada. Sólo en parte puede explicarse la hegemonía militar como un proceso que se alimenta a sí mismo, y su perduración como una consecuencia de la imposibilidad de que los inermes desarmen a los que tienen las armas. La gravitación de los cuerpos armados, surgida en el momento mismo en que se da una democratización, sin duda limitada pero real, de la vida política y social hispanoamericana, comienza sin duda por ser un aspecto de esa democratización, pero bien pronto se transforma en una garantía contra una extensión excesiva de ese proceso: por eso (y no sólo porque parece inevitable) aun quienes deploran algunas de las modalidades de la militarización hacen muy poco por ponerle fin.

Esa democratización es otro de los cambios que la revolución ha traído consigo. Pero la palabra misma lo caracteriza muy insuficientemente, y sólo se apreciará con justeza su alcance si se tiene constantemente presente, junto con la situación postrevolucionaria, la anterior al comienzo del proceso. Adecuado o no el término elegido para designarlos, basta, en efecto, un examen cuidadoso para advertir que los cambios ocurridos en este aspecto han sido importantes.

Ha cambiado la significación de la esclavitud: si bien los nuevos estados se muestran remisos a abolirla (prefieren soluciones de compromiso que incluyen la prohibición de la trata y la libertad de los futuros hijos de esclavos, innovaciones ambas de alcances inmediatos más limitados de lo que podría juzgarse), la guerra los obliga a manumisiones cada vez más amplias; las guerras civiles serán luego ocasión

dé otras... Esas manumisiones tienen por objeto conseguir soldados: aparte su objetivo inmediato buscan en algún caso muy explícitamente salvar el equilibrio racial, asegurando que también los negros darán su cuota de muertos a la lucha: es el argumento dado alguna vez por Bolívar en favor de la medida, que encuentra la hostilidad de los dueños de esclavos. La esclavitud doméstica pierde importancia, la agrícola se defiende mejor en las zonas de plantaciones que dependen de su supervivencia: todavía en 1827 es lo bastante importante en Venezuela para contar con la obstinada defensa de los terratenientes. Pero aun donde sobrevive la institución, la disciplina de la mano de obra esclava parece haber perdido buena parte de su eficacia: en Venezuela, como en la costa peruana, la productividad baja (en la segunda región catastróficamente); lo mismo ocurre en las zonas mineras de Nueva Granada que habían utilizado mano de obra africana. Por otra parte, la reposición plantea problemas delicados: a largo plazo la esclavitud no puede en Hispanoamérica sobrevivir a la trata, y con las trabas puestas a ésta, el precio de los esclavos —allí donde se los utiliza en actividades productivas— sube rápidamente (en la costa peruana parece triplicar en el decenio posterior a la revolución). Antes de ser abolida (en casi toda Hispanoamérica hacia mediados del siglo) la institución de la esclavitud se vacía de su anterior importancia. Sin duda, los negros emancipados no serán reconocidos como iguales por la población blanca, ni aun por la mezclada, pero tienen un lugar profundamente cambiado en una sociedad que, si no es igualitaria, organiza sus desigualdades de manera diferente que la Colonial.

La revolución ha cambiado también el sentido de la división en castas. Sin duda, apenas si ha tocado la situación de las masas indias de México, Guatemala y el macizo andino; en las zonas de densa población indígena, el estatuto particular de ésta tarda en desaparecer aun de los textos legales, y resiste aun mejor en los hechos. Ese conservatismo de la etapa inmediatamente posterior a la revolución implica también que las zonas indias donde sobrevive la comunidad agraria (que, todavía extensas en México, lo son mucho más en las tierras andinas) no son sustancialmente disminuidas por el avance de los hacendados, de los comerciantes y letrados urbanos que aspiran a conquistar tierras. Más bien que cualquier intención tutelar de las nuevas autoridades (que, por el contrario, en la mayor parte de los casos son por principio hostiles a la organización comunitaria) es la coyuntura la que defiende esa arcaica

organización rural: el debilitamiento de los sectores altos urbanos, la falta —en las nuevas naciones de población indígena numerosa— de una expansión del consumo interno y, sobre todo, de la exportación agrícola, que haga inmediatamente codiciables las tierras indias, explican que éstas sigan en manos de comunidades labriegas atrozmente pobres, incapaces de defenderse contra fuertes presiones expropiadoras y además carentes a menudo de títulos escritos sobre sus tierras.

En casi todas partes no había habido movimientos rurales espontáneos, y la jefatura seguía, por tanto, correspondiendo (en el nuevo orden político como en el viejo) a los propietarios o a sus agentes instalados al frente de las explotaciones; unos y otros solían dominar las milicias organizadas para asegurar el orden rural. Aun en algunas de las zonas que han conocido una radicalización marcada en la etapa revolucionaria esa hegemonía no desaparece: se mantiene, por ejemplo, en algunas del litoral argentino que siguen a Artigas. Lo que es más importante: los resultados de la radicalización revolucionaria son efímeros, en la medida en que ésta sólo preside la organización para la guerra; la reconversión a una economía de paz obliga a devolver poder a los terratenientes, en su Banda Oriental, deshecha por la guerra, Artigas (cuya preocupación por dar mejor lugar en el nuevo orden a los postergados del antiguo no puede discutirse) impone a todos los habitantes no propietarios de la campaña la obligación de llevar prueba de estar asalariados por un propietario; pone así en manos de éstos la clave del nuevo orden rural. Sin duda, no puede hacer otra cosa si quiere que la economía de su provincia vuelva a ofrecer rápidamente saldos exportables, pero su decisión muestra muy bien de qué modo aun los jefes de los más radicales movimientos rurales debieron colaborar en la destrucción de su propia obra. Otros lo hicieron con celo aún más vivo desde que descubrieron las ventajas personales que podían derivar de dirigir la reconstrucción del orden social: en Venezuela los antiguos guerrilleros transformados en hacendados proporcionan el personal dirigente a la república conservadora.

Sin duda, la revolución no había pasado por esas tierras sin provocar bajas y nuevos ingresos en el grupo terrateniente; las ha provocado también en otras áreas de historia político-social menos agitada. Pero ha tenido otra consecuencia acaso más importante: es el entero sector terrateniente, al que el orden colonial había mantenido en posición subordinada, el que asciende en la sociedad postrevolucionaria. Frente

a él las élites urbanas no sólo deben adaptarse a las consecuencias de ese ascenso: el curso del proceso revolucionario las ha perjudicado de modo más directo al hacerles sufrir los primeros embates de la represión revolucionaria o realista.

Un proceso análogo se da en la Iglesia; la colonial estaba muy vinculada a la corona y no se salva de la politización revolucionaria. Un jefe de la revolución de Buenos Aires señala las nuevas tareas del cuerpo eclesiástico: liberado de la opresión del antiguo régimen, debe poner su elocuencia al servicio del nuevo; quien no lo haga se revelará indigno de la libertad, y será privado de ella. No son amenazas vacías: la depuración de obispos y párrocos, expulsados, apresados, reemplazados por sacerdotes patriotas designados por el poder civil, transforma no sólo la composición del clero hispanoamericano, sino la relación entre éste y el poder político. Este cambio es espontáneo a la vez que inducido; los nuevos dirigentes de la Iglesia son a menudo apasionados patriotas, y no son sólo las consideraciones debidas al poder político del cual dependen las que los hacen figurar en primer término en las donaciones para los ejércitos revolucionarios, ofreciendo ornamentos preciosos y vasos sagrados, esclavos conventuales y ganados de las tierras eclesiásticas.

Así, la Iglesia se empobrece y se subordina al poder político; en algunas zonas el cambio es limitado y compensado por el mantenimiento de un prestigio popular muy grande (así en México, en Guatemala, en Nueva Granada, en la sierra ecuatoriana). En otras partes esto no ocurre, y el proceso es agravado por las deserciones de curas y frailes; es el caso del Río de la Plata, donde sacerdotes y conventuales, tras de laicizaciones que las autoridades eclesiásticas suelen conceder abundantemente, sobresalen desde Buenos Aires hasta el fondo de las provincias, en la política y en el ejército.

En estas condiciones, debilitadas en las bases económicas de su poder por el costo de la guerra (y por la rivalidad triunfante de los comerciantes extranjeros), despojadas de las bases institucionales de su prestigio social, las élites urbanas deben aceptar ser integradas en posición muy subordinada en un nuevo orden político, cuyo núcleo es militar. Los más pobres dentro de esas élites hallan en esa adhesión rencorosa un camino para la supervivencia, poniendo las técnicas administrativas a menudo sumarias, que son su único patrimonio supérstite al servicio del nuevo poder político; los que han salvado parte importante de su

riqueza aprecian en la hegemonía militar su capacidad para mantener el orden interno, que aunque limitada y costosa es por el momento insustituible, se unen entonces en apoyo del orden establecido a los que han sabido prosperar en medio del cambio revolucionario: comerciantes extranjeros, generales transformados en terratenientes... La impopularidad que las nuevas modalidades políticas encuentran en la élite urbana, haya sido ésta realista o patriota, no impiden una cierta división de funciones en la que ésta acepta resignadamente la suya.

En uno y otro caso, la relación entre el poder político y los económicamente poderosos ha variado: el poderío social, expresable en términos de poder militar, de los hacendados, la relativa superioridad económica de los agiotistas los coloca en posición nueva frente a un Estado al que no solicitan favores, sino imponen condiciones.

Esos cambios derivan, en parte, de que en Hispanoamérica hubo un ciclo de quince años de guerra revolucionaria. No fue ése, sin embargo, el único hecho importante de esos tres lustros: desde 1810 toda Hispanoamérica se abrió plenamente al comercio extranjero; la guerra se acompaña entonces de una brutal transformación de las estructuras mercantiles, que se da tanto en las zonas realistas como en las dominadas por los patriotas: si éstos han inscrito la libertad de comercio en sus banderas revolucionarias, sus adversarios dependen demasiado del favor inglés para poder hacer una política sustancialmente distinta, y terminan por abrir sus puertas al comercio extranjero, sea mediante concesiones abiertas, sea mediante autorizaciones limitadas multiplicadas en sus efectos por la indulgencia con que se las aplica.

He aquí un cambio esencial en la relación entre Hispanoamérica y el mundo; el modo en que se dio explica en parte sus resultados: en la primera mitad del siglo XIX (salvo en los dos años afiebrados que precedieron al derrumbe de la bolsa de Londres en 1825), ni Inglaterra ni país europeo alguno realizaron apreciables inversiones de capitales en Hispanoamérica. La negativa a emprender esa aventura solía justificarse por altivas censuras al desorden postrevolucionario; esta explicación encontraba en Hispanoamérica un amplio eco, que mostraba cómo las relaciones con las nuevas metrópolis se apoyaban en una dependencia ideológica más sólida que la de la última etapa colonial. En efecto, si las insuficiencias del nuevo orden hispanoamericano eran tristemente evidentes, aun así la causa primera de esa negativa a intervenir a fondo en la reordenación de la economía hispanoamericana debía

buscarse en la economía metropolitana misma. Aun los economistas más amigos de lo nuevo, al llegar al umbral de lo que debía ser un nuevo pacto colonial para Hispanoamérica, habían abundado en reservas frente a la temible fuerza —a la vez destructora y creadora— de la Europa que comenzaba su revolución industrial. Lo que esas reservas no habían previsto eran los desfallecimientos de esa fuerza, y eran precisamente éstos los decisivos: durante toda la primera mitad del siglo XIX Hispanoamérica entra en contacto con una Inglaterra, y secundariamente con una Europa que sólo puede cubrir con dificultad los requerimientos de capital de la primera edad ferroviaria en el continente y en Estados Unidos.

Esa Inglaterra, esa Europa que quieren arriesgar poco en Hispanoamérica, sin duda porque el riesgo es grande, pero sobre todo porque les queda poco que arriesgar, buscan, en cambio, cosas muy precisas de la nueva relación que se ha abierto. Hasta mediados del siglo, salvo la excepción de las tierras atlánticas del azúcar, no son los frutos de la agricultura y la ganadería hispanoamericana los que interesan a los nuevos dueños del mercado; los de la minería, si más atractivos, no lo son tanto como para provocar las inversiones de capital necesarias para devolver su antigua productividad a las fuentes de metal precioso. Lo que se busca en Latinoamérica son sobre todo desemboques a la exportación metropolitana, y junto con ellos un dominio de los circuitos mercantiles locales que acentúe la situación favorable para la metrópoli. Hasta 1815, Inglaterra vuelca sobre Latinoamérica un abigarrado desborde de su producción industrial; ya en ese año los mercados latinoamericanos están abarrotados, y el comienzo de la concurrencia continental y el agudizarse de la estadounidense invitan a los intereses históricos a un balance —muy pesimista— de esa primera etapa. Para los nuevos países que habían entrado en contacto directo con la Europa industrial en esos años decisivos, ese balance hubiera sido más matizado, pero tampoco le hubiese faltado una impresionante columna de pérdidas.

También en los circuitos internos de Hispanoamérica la guerra de independencia introdujo innovaciones a las cuales los debilitados grandes mercaderes locales no pudieron adaptarse eficazmente: en toda la costa atlántica y en el sur de la del Pacífico significó un paso más en la apertura directa al comercio ultramarino que había comenzado la reforma de 1778: Valparaíso, los puertos del sur del Perú y los del norte de México se transforman en centros de ese comercio; en ellos los

agentes avanzados de la penetración mercantil británica triunfan con tanta mayor facilidad de posibles rivales locales por cuanto también para éstos el ambiente es extraño: derrotados en Buenos Aires, en Lima o en Veracruz, los comerciantes criollos de esos puertos encontrarían difícil desquitarse en Valparaíso, en Ilo o en Tampico... Esa derrota tiene efectos irreversibles: en toda Hispanoamérica, desde México a Buenos Aires, la parte más rica, la más prestigiosa del comercio local quedará en manos extranjeras, luego de cincuenta años en Buenos Aires e Valparaíso, los apellidos ingleses abundarán en la aristocracia local. Aun fuera de los puertos la situación de los comerciantes extranjeros es privilegiada; en su viaje a México, al comienzo de la década del 40, Fanny Calderón de la Barca podía notar cómo en todas partes las casas más ricas de los pueblos habían pasado a manos de comerciantes ingleses. Así la ruta de Liverpool reemplaza a la de Cádiz, y sus emisarios pasan a dominar el mercado como lo habían hecho los del puerto español. El cambio sin duda no se detiene aquí: el comercio de la nueva metrópoli es en muchos aspectos distinto del español. Nunca aparece más diferente que en sus comienzos: entre 1810 y 1815, los comerciantes ingleses buscan a la vez conquistar los mercados y colocar un excedente industrial cada vez más amplio. Son los años de las acciones audaces, cuando los mercaderes aventureros rivalizan en la carrera hacia las comarcas que la guerra va abriendo, en las que quieren recoger «la crema del mercado». En esos años es destruida la estructura mercantil heredada, no serán siempre los productores quienes la añoren, pues los nuevos dueños del comercio introducen en los circuitos un circulante monetario que sus predecesores se habían cuidado de difundir: de este modo la economía confirma a la política impulsando a la emancipación del productor rural frente al mercader y prestamista urbano.

Este proceso no va, sin embargo, muy lejos: luego de 1815 la relación así esbozada entra en crisis. Por una parte, la depresión metropolitana obliga a cuidar los precios a que se compran los frutos locales; por otra, la capacidad de consumo hispanoamericana, calculada con exceso de optimismo en los años pasados, ha sido colmada. Pero a la vez han aparecido competidores a los nuevos señores del mercado, y frente a la rivalidad norteamericana los ingleses comienzan a advertir que debilidades se escondían bajo sus aparentes cartas de triunfo. Emisarios de una economía industrial, que en parte ha financiado sus aventuras

de conquista mercantil, su deber primero es volcar cantidades relativamente constantes de productos industriales (sobre todo textiles) en un mercado de capacidad de consumo muy variable. Constantemente abrumados por vastos *stocks*, se defienden mal de los navieros-comerciantes norteamericanos, que en barcos más pequeños trasladan *stocks* cuya composición pueden variar de acuerdo con las exigencias del mercado, puesto que sólo en mínima parte actúan como representantes de una industria necesitada de desemboques fijos. Frente a esos rivales, los británicos, identificados con un comercio cuyo volumen y composición permanecen estables, tienden cada vez más a continuar las actitudes de los antiguos dominadores del mercado colonial latinoamericano; no es casual que, luego de 1825, se hagan abundantes las tomas de posición británicas sobre Hispanoamérica, en que se hace amplia justicia al antiguo régimen.

En muchos aspectos, Inglaterra es, en efecto la heredera de España, beneficiaria de una situación de monopolio que puede ser defendida ahora por medios más económicos que jurídicos, pero que se contenta de nuevo demasiado fácilmente con reservarse los mejores lucros de un tráfico mantenido dentro de niveles relativamente fijos. La Hispanoamérica que emerge en 1825 no es, sin embargo, igual a la anterior a 1810: en medio de la expansión del comercio ultramarino, ha aprendido a consumir más, en parte porque la manufactura extranjera ha comenzado a aplastar a los productos artesanales locales (esos sarapes hechos en Glasgow al gusto mexicano, que son en Saltillo más baratos que los de Saltillo; esos ponchos hechos en Manchester al modo de la pampa, malos pero también baratos; la cuchillería «toledana» de Sheffield; el algodón ordinario de la Nueva Inglaterra que, antes que el británico, triunfa sobre el de los obrajes del macizo andino). Pero al lado de esta conquista del mercado existente, estaba la creación de un mercado nuevo: los años de oferta superabundante llevaban a ventas masivas que si podían arruinar a toda una oleada de invasores comerciales, preparaban una clientela para quienes los seguirían.

Esa ofensiva industrial superó la resistencia de las artesanías locales, y toda una literatura nostálgica no se fatiga de evocar esa derrota, que fue, sin embargo, menos total y menos inmediata de lo que ella supone. Pero quizá su consecuencia más grave no fue esa; el aumento de las importaciones, al parecer imposible de frenar (una política de prohibición no sólo era impopular, sino priva a los nuevos estados de la renta

aduanera que, por presión de los terratenientes, se concentraban casi siempre en la importación y constituían la mayor parte de los ingresos públicos), significaba un peso muy grave para la economía en su conjunto, sobre todo cuando no se daba un aumento paralelo e igualmente rápido de las exportaciones. Las dificultades se presentaron aún más dramáticamente por que el interés principal de los nuevos dueños del mercado, como el de los anteriores, era obtener metálico y no frutos; ahora la fragmentación del antiguo imperio había separado a zonas enteras de sus fuentes de metal precioso (es el caso del Río de la Plata, despojado en quince años de casi todo su circulante); aun en zonas que las habían conservado, el ritmo de la exportación, más rápido que el de la producción, podía llevar al mismo resultado: así ocurría en Chile luego de la independencia; productor de plata y oro, el nuevo país no podía conservar la masa de moneda, sin embargo tan reducida, necesaria para los cambios internos.

Pero aun la exportación del circulante era insuficiente para equilibrar los déficit de la balanza comercial. En 1825, a propósito de Guayaquil, un cónsul británico se preguntaba cómo era posible un sistema por el cual, año tras año, el país importaba más de lo que exportaba. Aunque una parte del problema resulta de las valuaciones de aduana, en casi todas partes sistemáticamente bajas para los productos locales, éste está lejos de ser totalmente imaginario. Antes de la época de grandes inversiones, que fue la segunda mitad del siglo XIX, Hispanoamérica parece haber conocido una inversión extranjera menos fácilmente visible, la de una parte de las ganancias comerciales, que se traducía, por ejemplo, en algunas regiones en la compra de tierras por parte de comerciantes extranjeros. Pero esas inversiones no podían ser sino modestas, y por eso mismo el déficit comercial no podía exceder ciertos límites. Eso explica la lentitud con que crecen las importaciones, luego de que en los años revolucionarios se establece su nuevo nivel. Así la economía nos muestra una Hispanoamérica detenida, en la que la victoria (relativa) del productor —en términos sociales esto quiere decir en casi todos los casos del terrateniente— sobre el mercader se debe, sobre todo, a la decadencia de éste y no basta (salvo en ciertas situaciones locales) para inducir un aumento de producción que el contacto más íntimo con la economía mundial no estimula en el grado que se había esperado hacia 1810; Hispanoamérica aparece entonces encerrada en un nuevo equilibrio, acaso más resueltamente estático que el colonial.

INDEPENDENCIA Y SURGIMIENTO DE LOS...

Desde el comienzo de su vida independiente, esta parte del planeta parecía ofrecer un campo privilegiado para la lucha entre nuevos aspirantes a la hegemonía. Esa lucha iba a darse, en efecto, pero —pese a las alarmas de algunos de sus agentes locales— la victoria siempre estuvo muy seguramente en manos británicas. Las más decididas tentativas de enfrentar esa hegemonía iban a estar a cargo de Estados Unidos —aproximadamente entre 1815 y 1830— y a partir de esa última fecha, de Francia. El avance norteamericano estaba apoyado en una penetración comercial que comenzó por ser exitosa: desde México a Lima y Buenos Aires, los informes consulares británicos recogidos por Humphreys denuncian, para años muy cercanos a 1825, la magnitud del peligro. Estaba apoyado también en una orientación política aún más favorable que la de Gran Bretaña a la causa de los revolucionarios hispanoamericanos; intentó expresarse en el apoyo a ciertas fracciones revolucionarias (en general las menos moderadas): en Chile como en México, apoyando en un caso a los hermanos Carrera, en el otro a los yorkinos, los agentes consulares de la Unión enfrentaban a los sectores más conservadores, que contaban con el beneplácito británico. En su aspecto político la amenaza norteamericana se desvaneció bien pronto: los bandos que contaron con su simpatía enfrentaron rápidos fracasos; en todas partes —notaban con amargura los agentes norteamericanos— los favores de la diplomacia británica eran buscados ansiosamente y recibidos con agradecimiento, mientras que los de Estados Unidos encontraban una cortés indiferencia. En lo económico, la presencia norteamericana se desvaneció más lentamente: apoyada en un sistema mercantil extremadamente ágil, iba a perder buena parte de sus razones de superioridad cuando se rehiciera sólidamente una red de tráficos regulares; fue, sin embargo, el abaratamiento progresivo de los algodones de Lancashire el que —al desalojar del mercado latinoamericano a los de Nueva Inglaterra, tanto más rústicos— hizo perder importancia al comercio norteamericano con Hispanoamérica.

La presencia francesa nunca significó un riesgo para el comercio británico: más que concurrente, el comercio francés era complementario del inglés, orientado como estaba hacia los productos de consumo de lujo y semilujo, y secundariamente hacia los de alimentación de origen mediterráneo, en los que Francia tendía a reemplazar a España. Pero el solo hecho de que una gran potencia continental tuviese relaciones más estrechas con Latinoamérica representaba un peligro.

LA RUPTURA COLONIAL Y EL LENTO SURGIMIENTO...

Fue la política francesa la que contribuyó a disiparlo: deseosa de afirmar su gravitación, la monarquía de julio se hizo sentir sobre todo a través de conflictos basados en reclamaciones en extremo discutibles; en México pudo salir con la suya en 1838; en el Río de la Plata iba a obtener, con mucho más esfuerzo, un éxito más limitado, pero tanto el éxito como el fracaso le enajenaban posibles simpatías hispanoamericanas; esa política agresiva y a la vez vacilante no ofrecía una alternativa válida a la más discreta hegemonía británica. No hay que olvidar tampoco que las aspiraciones políticas de Gran Bretaña en Latinoamérica están definidas por el tipo de interés económico que la vincula con estas tierras. Su política es sólo muy ocasionalmente (en algunos grandes conflictos) la de su cancillería de Londres; más frecuentemente es la de sus agentes, identificados con grupos de comerciantes que aspiran sobre todo a mantener expeditos los circuitos mercantiles que utilizan, en términos más generales, a mantener el *statu quo* si éste asegura razonablemente la paz y el orden interno. Salvo excepciones (cada vez más contadas a medida que se avanza en el tiempo), una extrema cautela es el rasgo dominante de una política así concebida.

Su fuerza y el uso moderado que de ella hace contribuyen a hacer de Inglaterra la potencia dominante; a mediados del siglo XIX parece surgir en el horizonte latinoamericano el influjo de otra: es de nuevo los Estados Unidos, cuya huella queda inscrita en la guerra mexicano-norteamericana, y más discretamente en el breve florecer del anexionismo cubano, y cuyo nuevo papel parece reconocido por Gran Bretaña (por lo menos para la América Central) en el tratado de 1850, que prevé una solución concertada para el problema del canal interoceánico. Pero el sentido de la presencia norteamericana es doble. Hay, por un lado, la voluntad de expansión territorial de regiones consagradas a una economía agraria, divididas entre sí por el problema del trabajo servil; en particular, el sur esclavista debe expandirse o perecer, y la guerra de México es su triunfo, como la anexión de Cuba es su proyecto. En este aspecto la presencia norteamericana se traduce pura y simplemente en un avance sobre la frontera de las tierras iberoamericanas. Hay también el esbozo de una relación nueva, que no por casualidad se da en esa América Central, a la que el descubrimiento del oro californiano transforma en eje de las comunicaciones de la ampliada área económica norteamericana; en este aspecto la presión estadounidense (destinada a disminuir temporariamente al completarse la red ferroviaria entre el

Atlántico y el Pacífico) anuncia, pero todavía de lejos, un futuro que sólo ha de madurar a comienzos del siglo XX, en un marco muy distinto del que encierra a Latinoamérica entre la emancipación y los años centrales del siglo XIX.

Este marco es, por el momento, muy rígido, los datos de la realidad hispanoamericana y los de la economía metropolitana coinciden en provocar una estabilidad en la penuria, muy distinta de las renovaciones esperadas en la aurora de la revolución; la potencia dominante, al tomar en cuenta esa situación e introducirla como postulado esencial de su política, contribuye a consolidarla. Mientras tanto Hispanoamérica espera, cada vez con menores esperanzas, el cambio que no llega. Hacia la década del 40, definitivamente alejada la posibilidad de una restauración del antiguo orden, la nostalgia de sus blandas excelencias puede ser reconocida por conservadores e innovadores a la vez como un sentimiento muy arraigado en la opinión hispanoamericana. Es que entre los cambios traídos por la independencia es fácil sobre todo advertir los negativos: degradación de la vida administrativa, desorden y militarización, un despotismo más pesado de soportar porque debe ejercerse sobre poblaciones que la revolución ha despertado a la vida política, y que sólo deja la alternativa, a la vez temible e ilusoria, de la guerra civil, incapaz de fundar sistemas de convivencia menos brutales. En lo económico, desde una perspectiva general hispanoamericana, se da un estancamiento al parecer invencible: en casi todas partes los años de comercio internacional de 1850 no exceden demasiado a los de 1825; este indicador, particularmente sensible a cambios inducidos a partir del contacto con el resto del mundo, lo dice casi todo. Pero esa situación general conoce variaciones locales muy importantes, que se relacionan, más bien que con la diferente intensidad del desorden interno, con las características —esbozadas ya antes de 1810— de las distintas economías regionales. Venezuela, que ha combatido reiterada y ferozmente su guerra de independencia en su propio territorio, o el Río de la Plata, que la ha combatido fuera de él, pero ha conocido luego guerras civiles, bloqueos internacionales y largas etapas de desorden, logran retomar y superar los niveles de los más prósperos años coloniales; Venezuela en su agricultura, y el Río de la Plata en su ganadería tienen, desde antes de 1810, el germen de una estructura económica orientada a ultramar, que compensará las desventajas del nuevo clima político-social con las ventajas que le aporta la nueva organización comercial, y así podrá

afirmarse. En cambio Bolivia, Perú y sobre todo México, cuya economía minera ha sufrido de muchas maneras el impacto de la crisis revolucionaria, y requeriría aportes de capitales ultramarinos para ser rehabilitada, no logran reconquistar su nivel de tiempos coloniales: la producción mexicana de plata descende a la mitad de la cifra alcanzada en las últimas décadas coloniales; en 1810 el virreinato de México exportaba por valor cinco veces mayor que el del Río de la Plata, y a mediados de siglo ambas exportaciones se han nivelado, aunque ya no salen de Buenos Aires los retornos de plata alto peruana; comparación todavía más impresionante: en cuarenta años la riqueza ganadera de la pampa rioplatense, que antes de 1810 había proporcionado exportaciones por valor del 4 por 100 de las de plata mexicana, está cerca de igualarse con ellas: ha decuplicado en valor, mientras el de ésta —como se ha señalado— se ha reducido a la mitad.

Entre estos casos extremos se sitúa la mayor parte de las regiones hispanoamericanas, cuya evolución es menos rica en altibajos. En algunas de ellas hemos de ver reproducirse, en escala reducida, los contrastes que se acaban de descubrir para Hispanoamérica. Así, en América Central ese admirable observador que fue Stephens pudo encontrar en casi todas partes una economía a la que la falta de desemboques para su producción y la falta de capitales para acrecerla hacían estática: en Honduras, en Nicaragua, en el litoral costarricense del Pacífico, hacendados dueños de tierras vastas como provincias europeas vivían en la escasez sobre esas riquezas ilusorias, que era imposible explorar adecuadamente. Pero en la meseta central de Costa Rica pudo ver el comienzo de la expansión del café; propietarios a los que sus vecinos vaticinaban próxima ruina utilizaban las ganancias de cosechas anteriores, instaladas en Europa, en plantar más y más cafetales, y lejos de arruinarse se encontraban cada vez más ricos: ese diminuto rincón centroamericano había encontrado —como el Río de la Plata o Venezuela— la nueva fórmula de prosperidad, en una economía exportadora ligada al mercado ultramarino. En otras partes el mismo proceso se da de modo más lento: es el caso de Nueva Granada, donde el aumento de las exportaciones de cueros (fruto de la ganadería de la sabana) llena, en parte, la brecha abierta por la crisis de la minería; es más acentuadamente el caso de Chile, que —habiendo obtenido en el reajuste del comercio hispanoamericano acceso directo al mercado metropolitano— también completa con exportaciones de cueros las

derivadas de una minería que, desde 1830, retorna su ritmo ascendente y que ha agregado a los metales preciosos el cobre (que ya desde mediados de la década del 20 supera en valor a plata y oro sumados y sólo será devuelto a segundo plano por la expansión de la plata de la década siguiente). Es entonces la Hispanoamérica marginal, la que en tiempos coloniales estaba en segundo plano, y sólo comenzaba a despertar luego de 1780, la que resiste mejor la suma de crisis brutales que significa el periodo de emancipación; junto con el Río de la Plata, Venezuela, Chile, Costa Rica, también las islas antillanas, que han permanecido bajo dominio español, prosiguen su avance económico; sobre todo Cuba, beneficiada por la crisis que la emancipación de los esclavos produce en la economía azucarera de las Antillas inglesas (y por el liberalismo comercial que España aplica a lo que resta de su imperio, para salvarlo de la agresividad de las potencias económicamente dominantes), expande su producción de azúcar; entre 1815 y 1850 el volumen de las exportaciones azucareras cubanas más que cuadruplica (pasando de algo más de 40 000 toneladas a las 200 000) y su valor, más que duplica.

Algunas especificidades

Brasil

Junto con esa Hispanoamérica dinámica, que se superpone casi totalmente con las tierras atlánticas (cuyo papel había sido tan secundario hasta la segunda mitad del siglo XVIII), también el Brasil supera sin dificultades económicas inmediatas la crisis de independencia: del mismo modo que en Cuba, también aquí la crisis azucarera de las West Indies significa un estímulo inmediato: el nordeste azucarero conoce un retorno de prosperidad; al mismo tiempo, el extremo sur ganadero repite, en tono menor, la expansión de su vecino meridional, el Río de la Plata. Ese crecimiento en los extremos crea desequilibrios que han de repercutir en la vida política brasileña; si el imperio logra sobrevivir, el Brasil independiente sólo adquirirá una cierta cohesión cuando el café vuelva a colocar al centro del país en el núcleo de su economía. Esos desequilibrios están agravados porque el renacimiento nordeste azucarero conserva todo su arcaísmo: como antes depende para sobrevivir de una

mano de obra esclava que sólo la importación puede mantener en nivel adecuado (puesto que, al revés de lo que ocurre en el sur norteamericano, el Brasil del azúcar no es capaz de producir internamente los esclavos que llenen los huecos creados por la muerte en la fuerza de trabajo disponible). Bajo el predominio del norte azucarero, el Brasil debe sostener una lucha tenaz, pero de resultado necesariamente negativo, con una Inglaterra dispuesta a abolir la trata: si en la primera mitad del siglo XIX las importaciones de esclavos africanos son mayores que en cualquier época anterior, la crisis del sistema se avecina inexorablemente. Al mismo tiempo, absorbido en la defensa de su economía azucarera, el Brasil cede paulatinamente en los otros puntos de conflicto con la potencia hegemónica: el tratado de 1827 reiteraba sustancialmente los términos del arrancado a Portugal en 1810; apertura del mercado brasileño a la importación británica, sin defensa para ningún rubro de producción local; mantenimiento de jurisdicciones especiales para los británicos residentes en Brasil... Pese a todo ello, a partir de 1845 Gran Bretaña pasa a reprimir la trata por la violencia; sólo cuando se resigna a eliminarla, el Brasil recupera la posibilidad de una política en otros aspectos más independiente de la tutela británica. Entre tanto, se ha constituido en el principal mercado latinoamericano para Gran Bretaña; sus importaciones alcanzan pronto el nivel de los cuatro millones de libras anuales (cuatro veces las del Río de la Plata). Los resultados son los esperables: déficit comercial, desaparición del circulante metálico, penuria de las finanzas (agravada porque tampoco en el Brasil imperial, pese a la levedad de la crisis de independencia, mantener el orden interno es empresa sencilla).

Para esa situación inesperadamente dura, la América latina fue elaborando soluciones (de política económico-financiera; de política general) que sólo lentamente iban a madurar. Allí donde la crisis fue, a pesar de todo, menos honda, las soluciones fueron halladas más pronto, y significaron transformaciones menos profundas. Ninguna adaptación al nuevo orden de cosas fue en ambos aspectos más exitosa que la brasileña; y el imperio terminó por ser, para la republicana América española, un algo escandaloso término de comparación para medir su propio fracaso. Ese éxito tenía algunos secretos: el viejo orden era en Brasil más parecido al nuevo que en Hispanoamérica; una metrópoli menos vigorosa, y por lo tanto menos capaz de hacer sentir su gravitación; un contacto ya directo con la nueva metrópoli económica, un

INDEPENDENCIA Y SURGIMIENTO DE LOS...

peso menor de los agentes de la Corona respecto de poderes económico-sociales de raíz local acostumbrados a imponerse, eran todos rasgos que en el Brasil colonial anticipaban el orden independiente. Las transformaciones eran, sin embargo, indudables, y la transición, difícil. La creación de un parlamento tenía, de modo menos violento, consecuencias comparables a la militarización de Hispanoamérica: en él las clases terratenientes de un país abrumadoramente rural debían predominar, y para evitarlo, la Corona debía emplear de modo muy discutible sus poderes. Un liberalismo brasileño, vocero sobre todo de las distintas aristocracias locales (la azucarera del norte, la ganadería del centro, la también ganadera del extremo sur) choca con un conservadurismo urbano, comprometido por la presencia en sus filas de los portugueses que dominan el pequeño y mediano comercio de los puertos, y representado sobre todo por funcionarios herederos de la mentalidad —a menudo más esclarecida que la de sus rivales los grandes señores liberales— del antiguo régimen. Sin duda, entre esos adversarios el equilibrio era posible: misión de la Corona era asegurar con su influjo algún poder al sector conservador, y a la vez arbitrar entre ambos. Para ello contaba básicamente con el apoyo del ejército, sólo lentamente nacionalizado y mezclado —no por casualidad— de cuerpos mercenarios europeos.

Aun así, su tarea no era fácil: el emperador Pedro I iba a fracasar sustancialmente en ella; terminó por quedar identificado con los sectores que en el nuevo Brasil mantenían la nostalgia del absolutismo y de la unión con Portugal. Antes había tenido tiempo de lanzar al imperio a la primera de sus aventuras internacionales: la guerra del Río de la Plata por la posesión de la Banda Oriental, rebautizada Provincia Cisplatina e incorporada como tal al imperio brasileño, luego de haber sido ocupada, a partir de 1816, por tropas portuguesas. La guerra —fruto de una rebelión de la población local, que obligó al gobierno de Buenos Aires a apoyarla luego de ganar el control de la mayor parte del territorio disputado— provocó una alineación de fuerzas sólo aparentemente paradójica. Si la Corona, apoyada en el ejército y mal arraigada en el país, deseosa por lo tanto de evitar una humillación internacional que podía serle fatal, quería una lucha conducida hasta la victoria, su belicismo encontraba eco muy limitado en los sectores conservadores; en cambio, los liberales (sobre todo los del Sur) adoptaban con entusiasmo una política que satisfacía sus intereses regionales (representa-

dos muy concretamente por los hacendados riograndenses que estaban haciéndose dueños de tanta parte de la campiña del Uruguay). He aquí una secuencia que aún ha de repetirse: la Corona tenderá a encontrar un terreno de acuerdo con los liberales, en una política exterior más aventurera que la deseada por los sectores urbanos, que apoyan habitualmente a los conservadores. En todo caso la guerra no es un éxito; derrotado por tierra, el Brasil ahoga económicamente a su enemigo mediante el bloqueo de Buenos Aires; debe finalmente aceptar la mediación inglesa y la solución que Gran Bretaña ha propuesto desde el comienzo: la independencia de la Banda Oriental, que desde 1828 se constituye en nuevo Estado republicano. Entre tanto, el Brasil, necesitado de la buena voluntad británica, ha hecho concesiones sustanciales en los tratados de 1825 y 1827, sobre trata y comercio y navegación.

En otro aspecto, su adopción es significativa: marca el triunfo de los intereses rurales sobre los urbanos; entre los primeros son, sobre todo, los terratenientes del norte y del sur, dependientes del mercado internacional, los más favorecidos; entre los segundos es aún más perjudicada que los comerciantes la masa de asalariados (la clase media, que en el imperio esclavista es más nutrida que la clase baja libre). Pero el descontento urbano, que enfrenta el duro orden conservador mantenido por el imperio, adquiere signo liberal; capaz de buscar salida subversiva, será un nuevo instrumento de extorsión en manos del liberalismo más moderado de base rural.

Así las cosas, no es extraño que la vida política del imperio haya sido agitada. En 1831 don Pedro I decide trasladarse a Portugal, a luchar contra la rebelión absolutista de don Miguel y asegurar la sucesión para su hija María de la Gloria. Su retiro es una implícita confesión de fracaso, y marca el comienzo del imperio parlamentario. Los alcances de la innovación son limitados por el hecho de que si el gabinete requiere el apoyo de la mayoría parlamentaria, es a la vez capaz —contando con el apoyo de la Corona— de conquistar esa mayoría en elecciones suficientemente dirigidas. Pero es indiscutible que el nuevo orden da lugar más importante al liberalismo, la reforma de la carta daba en 1832 mayores autonomías a las provincias, y ese esbozo de federalismo era aún más favorable al partido antes opositor que el parlamentarismo. Entre 1831 y 1840 la regencia iba a intentar frenar el proceso centrífugo, mientras enfrentaba alzamientos disidentes en el norte y el sur (desde 1835 Río Grande do Sul está en guerra civil, conmovi-

do por un alzamiento republicano). Pero —rasgo muy notable del orden político brasileño— el liberalismo puede ser alternativamente revolucionario y constitucional; sus adversarios prefieren no obligarlo a renunciar a sus ambigüedades, temerosos de terminar con la unidad brasileña. En 1840, la declaración de mayoría de don Pedro II, entonces de quince años, significó un triunfo liberal, bien pronto limitado por la voluntad del monarca de retomar un papel de árbitro en el ritmo de alternancia de los partidos.

México

También en el marco más estrecho proporcionado por los nuevos estados la ilusión (que se juzgaba desengañada, pero a menudo implicaba un infundado optimismo) de que el retorno a un orden parecido al viejo era posible iba a revelarse falaz. Si en casi todas partes estos ensayos de restauración se tradujeron en rápidos fracasos, a los cuales siguió su abandono definitivo, fue en México donde, por el contrario, ocuparon buena parte de la primera etapa independiente. Esto no es extraño: en México los últimos tiempos coloniales habían sido aún más prósperos que en el resto de Hispanoamérica y por otra parte la independencia se había logrado sin que perdieran la supremacía local los que a lo largo de la lucha por ella habían sido sostenes del orden colonial. El conservadurismo mexicano se transforma en el refugio de todos cuantos han sufrido resignadamente la disolución del viejo sistema. Sin duda, el imperio de Iturbide, solución demasiado personalizada a los problemas de la transición a la independencia, se derrumba sin contar con más vivo apoyo de los que serán conservadores que de los futuros liberales. La caída del régimen imperial es fruto de la acción del ejército, convocado por el pronunciamiento de un todavía oscuro jefe de guarnición, Antonio López de Santa Anna, seguido bien pronto no sólo por los oficiales surgidos de los movimientos insurgentes, sino también por muchos de los antiguos realistas, descontentos por la indiferencia con que el emperador, decidido a tomar distancias frente a sus antiguos colegas y limitado en su generosidad por la ruina del fisco, atiende a sus requerimientos. La gravitación del ejército, al que las guerras de independencia han dejado en herencia un demasiado nutrido cuerpo de oficiales y una función inexcusable de guardián del orden interno, se revela decisiva. A la caída del primer imperio sigue la

convocación de una constituyente y la elección como presidente de Guadalupe Victoria, que pese a sus inclinaciones liberales intentará guardar un cierto equilibrio frente a las facciones cuya hostilidad crece progresivamente.

En la constituyente y fuera de ella, dos partidos se dibujan: los que ahora se llaman escoceses y los yorkinos. Los primeros, conservadores, tienen su organización apenas secreta en la logia masónica escocesa, que cuenta con el patrocinio del ministro británico; los segundos, liberales y federalistas, la tienen en la que se ha establecido como filial de la de Nueva York bajo los auspicios del cónsul de los Estados Unidos. ¿Qué separa a los partidos? Gracias al flujo de capitales de que México aprovechará con preferencia a cualquier otro país hispanoamericano, y que vitaliza con un flujo de libras esterlinas no sólo al insaciable fisco post-revolucionario, que se transforma en deudor de inversionistas de Londres, sino también a sectores de la minería deshecha por la guerra, los escoceses creen posible una reconstrucción político-social en que Gran Bretaña ocupe papel análogo al de España, y la aristocracia minera y terrateniente criolla y la mercantil española se reconcilien para apoyar con todo su vigor el nuevo orden. Sin duda, ese orden nuevo será en algunos aspectos distinto del viejo: el ministro británico Ward, que está muy cerca de ese partido, señala que el México independiente deberá seguir importando más que el colonial, puesto que su producción artesanal textil no puede competir con la importada; encuentra la solución en una expansión de la agricultura en tierras calientes, que cree nuevos rubros exportables a ultramar y permita equilibrar la balanza comercial. Pero también para él lo primero en orden de urgencia es restaurar la minería y ordenar las finanzas públicas: sólo la primera, una vez devuelta a la prosperidad, puede ofrecer capitales para la expansión agrícola, y esos capitales buscarán más seguramente ese camino cuando un Estado indigente no le ofrezca otro más lucrativo en lo inmediato en la forma del agio, que se da en México como en otras comarcas hispanoamericanas.

Los aliados mexicanos del agudo diplomático no dejaban de tomar en cuenta otros cambios. Eran en primer lugar más sensibles a los derrumbes provocados por la guerra en los sectores dirigentes: para ellos la emigración de los más ricos mercados españoles, luego de 1821, no era sólo importante por los más de cien millones de pesos en metálico que según era común creencia se habían llevado consigo: significaba,

por añadidura, un grave debilitamiento de una clase alta ya excesivamente minoritaria. Eran igualmente sensibles a la mayor autonomía de acción de que la experiencia revolucionaria había hecho capaces a los sectores populares; frente a esta innovación, en la que se advertía sobre todo el peligro siempre posible de un violento desborde plebeyo, los escoceses tendían a contemplar con indulgencia el peso creciente del ejército en las finanzas mexicanas. En cambio, eran menos comprensivos frente a las apetencias de esos sectores medios que, en la capital y en las ciudades de provincia, esperaban ubicarse en las estructuras administrativas del nuevo Estado. Ward, que como ellos veía en esas apetencias el sentido último del federalismo, aconsejaba recogerlas; el precio que con ello se pagaría por la paz era en suma moderado. Los escoceses no estaban tan seguros; en la proliferación de políticos de clase media veían no sólo una carga para el fisco, sino aún más un riesgo de radicalización.

Y no se equivocaban: el liberalismo terminó por hacer suya una exigencia a la vez más popular y disruptiva que la federal: era la expulsión de los españoles peninsulares. Sin duda —tal como objetaban sus adversarios— los más ricos se habían marchado ya, sólo quedaban pequeños hacendados y comerciantes de aldea en los que era imposible ver un peligro político. Pero precisamente eran esos españoles menos prósperos los más aborrecidos por la plebe, que tenía contacto directo y cotidiano con ellos. La agitación en favor de la expulsión de los españoles devolvía a la escena mexicana a esa plebe que los herederos de la independencia habían mantenido cuidadosamente al margen; la convocaba a la acción en favor de un proyecto que significaba el despojo de algunos relativamente ricos en favor de otros más pobres; el retorno a un desorden generalizado, animado por un recrudecimiento de las tensiones entre los que tenían y los que no tenían, parecía el desenlace esperable de esa campaña iniciada por los liberales. Pese a que éstos logran imponer la expulsión (que estará lejos de cumplirse por entero) enfrentan desde entonces una oposición tenaz de los conservadores, transformados —nota complacido Ward— de una pura facción política en la unión de todos los que tenían algo que perder.

Fruto de esa unión fue el conservadurismo mexicano, surgido de la ampliación de la facción escocesa. Nostálgico del pasado, de esa época de oro en que la prosa persuasiva de Lucas Alamán —el más lúcido jefe del conservadurismo mexicano, y el más desconsolado historiador de

esa catástrofe que fue la revolución— transforma la era de las reformas borbónicas, el conservadurismo había aceptado ya —y no sólo al resignarse a la hegemonía militar— algunas de las consecuencias de esa revolución aborrecida. Consciente de la democratización producida, temeroso de sus consecuencias, busca en la Iglesia un apoyo contra ellas, pues ve en esa institución la única capaz de disputar la orientación de la plebe mestiza e india a los agitadores liberales. El resultado es que el conservadurismo es mucho menos ilustrado que su modelo colonial: se opone tenazmente a los avances de la tolerancia religiosa, a los de la reforma inmobiliaria que amenaza a la propiedad eclesiástica, no tocada hasta entonces por la revolución.

El partido conservador cree llegada su hora en el momento de designarse reemplazante para Guadalupe Victoria; logra entonces imponer contra el candidato liberal Vicente Guerrero a su oscuro candidato. En vano: Santa Anna se pronuncia y es rápidamente imitado; Guerrero es, a pesar de todo, presidente. Le toca enfrentar una tentativa —pronto fracasada— de reconquista española; en 1830 su vicepresidente, Bustamante, persuade al ejército de que destituya al presidente liberal, que será ejecutado ante el horror de una opinión pública que no podía dejar de respetar en la víctima a uno de los paladines de la lucha por la independencia. Durante dos años gobierna Bustamante, asesorado por Lucas Alamán, y ambos, luchando como luchan por la supervivencia, deben dejar que el ejército consuma lo que el fisco tiene y lo que no tiene. De nuevo es en vano: en 1832 se pronuncia finalmente, desde su finca de Manga de Clavo en Veracruz, el general Santa Anna. Al año siguiente es presidente; en su nombre gobiernan el vicepresidente Gómez Farías y un congreso liberal, que se lanza primero sobre los privilegios del clero y luego sobre los del ejército. Santa Anna reaparece entonces, este *Deus ex machina* de la política mexicana expulsa a los liberales y se constituye en garante del orden conservador que restaura. Con un precio, desde luego: los conservadores deben respetar el lugar del ejército en la vida mexicana (un lugar que, entre otras cosas, le otorga más de la mitad de las rentas del Estado).

En 1836, guerra de Texas: los colonos del sur de los Estados Unidos que allí se han instalado y han sido bien recibidos por las autoridades mexicanas, no aceptan el retorno al centralismo que está en el programa conservador. Santa Anna corre a someterlos: tras de vencer la resistencia del Alamo es deshecho en San Jacinto. La independencia de Texas

INDEPENDENCIA Y SURGIMIENTO DE LOS...

es un hecho, pero no es reconocida por México, contra el consejo de Alamán, que deseaba ver surgir allí un Estado independiente y protegido por Gran Bretaña, capaz de hacer frente al avance expansivo de los Estados Unidos.

La guerra fue demasiado fácilmente ganada por los Estados Unidos; esa victoria se explica, en parte, porque el ejército mexicano no había sido organizado para ser un instrumento de combate en guerras internacionales, en parte porque las disensiones dejadas por decenios de lucha facciosa estaban lejos de haberse apagado en México. En todo caso, la derrota —que tuvo, pese al heroísmo de los defensores de la capital, su punto culminante en la toma de ésta— pareció despertar las tensiones mal acalladas por el orden conservador: levantamientos indios en el norte, guerra de castas en Yucatán, donde la ampliación de los cultivos de azúcar estaba privando de tierras a los indios mayas mal pacificados. La paz parecía aún peor que la guerra: México perdía en 1848 la mitad de su territorio en beneficio de su vencedor. A pesar de tanta ruina, los conservadores lograban conservar el poder; su jefe intelectual, Alamán, que por esos años estaba trazando su negro cuadro del México post-revolucionario, en que distribuía generosamente culpas a todos menos a su facción (que lo había gobernado durante casi toda esa etapa), soñaba una regeneración definitiva en la religión y la monarquía. Mientras ésta se alcanzaba, una mano fuerte era necesaria para frenar el inquietante despertar liberal: era, muy previsiblemente, la de Santa Anna. Vuelto del destierro, el artífice de la derrota resolvió temporariamente sus problemas financieros vendiendo nuevo territorio a Estados Unidos por diez millones de dólares. Inútilmente: al año siguiente estallaba una nueva rebelión liberal, muy distinta de los episodios militares que habían llenado la historia reciente. Con ella moría el México de Alamán y Santa Anna, el de los conservadores amigos del orden en eterna alianza con el organizador del desorden.

El orden conservador había logrado entonces el más inmediato de sus objetivos: durar. Pero ése era también el único que había alcanzado: en 1850 México no había logrado retornar a los niveles de su economía colonial; las finanzas públicas, afectadas por una contracción económica al parecer insuperable y por las exigencias de un ejército nunca saciado, hacían del Estado el deudor eterno de agiotistas locales, que pronto iba a comenzar a serlo en gran escala de acreedores internacionales. La vuelta al antiguo régimen, remozado por el contacto con las nuevas

LA RUPTURA COLONIAL Y EL LENTO SURGIMIENTO...

metrópolis, era imposible, y hacia 1850 la restauración conservadora no había logrado eliminar uno solo de los males contra los cuales sus voceros se habían elevado elocuentemente un cuarto de siglo antes.

En suma, el México conservador fracasaba por falta de una dirección homogénea; porque además eran demasiadas las dificultades de esta zona, antes tan próspera, para adaptarse al nuevo orden abierto con la independencia, que le era desfavorable. En efecto, la guerra había destruido el sistema de explotación minera si los hombres que le habían arrebatado podían ser devueltos o reemplazados, no ocurría lo mismo con las destrucciones materiales, que eran considerables. La guerra había producido un daño aun mayor, aunque indirecto, al hacer desaparecer los capitales cuya relativa abundancia era uno de los secretos de la expansión minera mexicana en la segunda mitad del siglo XVIII. Esos capitales, en parte consumidos por la guerra, en parte retirados a España a partir de 1821, hubieran sido imprescindibles para que la producción minera mexicana retomara su ritmo; en la restauración parcial que siguió a 1823, el papel del capital británico —sin embargo de volumen tan insuficiente— fue decisivo. La necesidad de ese aporte de capital es peculiar de la minería (la agricultura o la ganadería lo requieren en mucha menor escala) y explica que México haya tardado tanto —por falta de él— en reconstruir su economía; explica también que los conservadores mexicanos, conscientes desde muy pronto de la necesidad del aporte de capital ultramarino, hayan mostrado una apertura hacia el extranjero que era excepcional entre los hispanoamericanos de esa tendencia y, por otra parte, no siempre se compaginaba bien con el misoneísmo y el intolerante tradicionalismo religioso que gustaban de ostentar. Pero esa apertura a la colonización económica de las nuevas metrópolis iba también a fracasar, y su fracaso es una de las causas del derrumbe conservador en México.

GUÍA DE LECTURA: "Una larga espera"

1. ¿Cuáles fueron los tres rasgos principales de la situación de América Latina al concluir las guerras de independencia?
2. ¿Cuál es la diferencia más importante entre la independencia de las colonias españolas y la del Brasil?
3. Explique con ilustraciones concretas el por qué de la prolongación del militarismo después de la independencia y la actitud de las élites criollas dentro de dichos movimientos
4. ¿En qué sentido el autor compagina militarización con democracia?
5. ¿Cuál fue la significación de los cambios posrevolucionarios: a) respecto a la esclavitud, b) de las castas, c) de los terratenientes?
6. ¿Cuál es la situación de la Iglesia respecto del nuevo orden postcolonial?
7. ¿Cómo se manifiesta en el período el poder de los militares, hacendados y agiotistas frente al Estado?
8. ¿Cuándo comienzan a transformarse las estructuras mercantiles y cuál es su objetivo más importante?
9. ¿En qué forma las guerras civiles afectaron las relaciones de Hispanoamérica con los países europeos durante la primera mitad del siglo XIX?
10. ¿La inestabilidad política de Iberoamérica, era la única razón que impedía el flujo de capitales Ingleses y europeos a la región? ¿Explique la relación del viejo continente en ese entonces?
11. Explique en qué sentido Inglaterra es heredaria de España en el monopolio comercial Hispanoamericano?
12. ¿En qué forma Estados Unidos y Francia disputaron la hegemonía de Inglaterra en Hispanoamérica?